

EL GENIO ESPAÑOL O LAS VIRTUDES DE LA ADVERSIDAD

hay alguna orquesta que no puede pasar del periodo de formación porque no encuentra músicos de cuerda ha producido a Pablo Casals. Una sociedad realista y conservadora que pedía a sus pintores paisajes y retratos ha dado a Picasso (y a Juan Gris, María Blanchard, Miró, Dalí...). Un país donde la ópera se extinguió hace años —la antorcha del Liceo de Barcelona está a punto de apagarse— ha dado a la ópera mundial las mejores figuras no de este momento (Montserrat Caballé, Plácido Domingo, Carreras, Victoria de los Angeles...), sino del pasado reciente. Una sociedad sin investigación posible, sin laboratorios y sin medios, produjo un genio de los rayos cósmicos como el profesor Dupierier; un sabio —en el pasado reciente— como Cajal. Se puede hacer una lista muy larga, que va de la antigüedad a la contemporaneidad.

La tesis heroica del desafío está en el principio de muchas de estas biografías. Goya, naciendo en Fuendetodos; Cajal, en Petilla de Aragón; Dupierier, en Pedro Bernardo, son personas que desde la infancia se encuentran en un medio difícil: con un estímulo negativo, y una primera enseñanza más bien heroica por parte de los primeros maestros que eficaz en la formación. Es uno de los rasgos generales. El otro es la necesidad de irse al extranjero —a veces forzada por el exilio, por las represiones; generalmente, por la falta de ayuda de la comunidad— para poder desarrollar un cierto talento. Es interesante observar que muchas veces la respuesta a este desafío no la hacen solo los hombres predestinados o especialmente heroicos, sino también los hombres medios. En el exilio español de 1939 se vio una rápida adaptación del español al medio nuevo y una capacidad de trabajo superior a ese medio. Y en el exilio económico de obreros españoles hacia Europa se vio rápidamente cómo el trabajador español era por lo menos tan hábil y perfecto como el nativo (los sindicatos franceses, en un momento dado, tuvieron que exigir de los españoles que trabajasen menos para que no sobrepasasen las normas de producción difícilmente conseguidas para evitar el paro y la depreciación de los salarios). Todo esto desmiente ciertas teorías racistas acerca de la capacidad de trabajo, estudio e inteligencia del español, la leyenda de la pereza y algunas otras. Ensalzan, en cambio, la de la sociedad conservadora como rémora: una sociedad que desde hace siglos considera el trabajo como inferior, la ciencia como propia de judíos, el pensamiento como riesgo de herejía y una cierta esclavitud —de los salarios de subsistencia—, como norma.

Tan absurdo es hablar del «genio español» como algo sobrehumano, que no se da en ningún otro lugar del mundo, como reducirnos a un estado de imbecilidad perpetua y de regodeo en la pereza. Lo cierto es que, por los orígenes lejanos de nuestra historia y por la perturbación continua de esos orígenes —de casta, de esquema mental— en las clases de poder, España se encuentra con una base social desestimulada en materias de saber y de trabajar, y con unas individuales que salen como flechas disparadas por el arco tenso de esa sociedad y que desgraciadamente tienen que irse fuera para dar donde puedan los frutos de una capacidad que aquí no es estimada; y que es combatida de tal manera que la burla del coro de necios puede llegar a encender las hogueras de la Inquisición o cargar los fusiles del pelotón de ejecuciones.

La constancia del héroe solitario, es sin duda, admirable. Pero nos puede cegar para otra contemplación mucho más dolorosa: la de los sacrificados. La de aquellos con un talento positivo, para las grandes hazañas del pensamiento o para el simple desarrollo de un trabajo perfecto, que se pierden en esta naturaleza social que les es hostil. Sabemos del Picasso cuyo genio estaba unido a una capacidad de aventura, y que en otros rasgos biográficos y de su pequeño mundo en torno tuvo la posibilidad de ser el mismo; pero no sabemos nada de los cientos o miles de Picassos que se han perdido, que han sido aplastados, burlados, amargados, tomados como locos, confundidos con engañadores de la picaresca, quemados, perseguidos, insultados, abandonados, confinados. Como —siguiendo a Toynbee— sabemos de la civilización griega que venció el medio adverso del mar Egeo y de las islas, pero apenas sabemos o comentamos nada de otras civilizaciones incipientes que fueron asesinadas al nacer, o a las que les faltó el pequeño factor determinante para cuajar.

La admiración por el genio solitario, al que después de su vida o al final de ella se pone como ejemplo, no necesita empañarse por la seguridad de que este sistema no es ni deseable ni satisfactorio; que no disminuirá la producción de talentos, sino que puede aumentar, el día que la sociedad española se apoye en otras bases: en las de una colectividad y un apoyo mutuo, en la de los cerebros abiertos a todo lo posible; la de no negar como principio, sino aceptar la posibilidad de nuestras ideaciones. Ha habido algunos momentos en la historia española en que esa modernidad colectiva ha parecido posible: solo momentos, rápidamente aplastados. No va a ser fácil cambiar esa corriente. ■ E. H. T.

E

SPANÑA como invento, frente a los inventores españoles. Ya tenemos ahí las dos Españas. Son tantas, o tienen tantas maneras de ser, que ésta no es sino una más, pero liga, a su vez, con inventos anteriores de esta revista: la chapuza nacional o la nación como chapuza. España como invento es la de Menéndez Pelayo, Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Lope y Calderón. O sea, España como modo fatal de ser, como mujer fatal, lo que unas veces permite «ser español como una de las maneras serias de ser hombre», y otras darle la vuelta al espejo, cuando conviene, y culpar a los españoles de inmadurez, salvajismo, camismo, derrotismo y taurinismo, para que el último en salir apague la bombilla y los primeros en llegar sigan en Puerto Banús, Puerto Príncipe o el puerto de mis descos, diciendo que no tenemos arreglo y echándole más ron a la cocacola o más cocacola al ron, según.

El invento de ser español

Que inventen ellas.
Unamuno

España como invento, o sea, la inmanencia, es la manera que tiene el integrismo, el conservatismo, el eternismo, el ninalismo nacional, de leer las realizaciones de los españoles en el mundo, «desde los tiempos más remotos hasta nuestros días», como decía mi enciclopedia infantil.

Así, la pelliza de Viriato figura en



Francisco Quevedo



Mariano José de Larra.

codornices. Descubrimos América porque Isabel tiene el gesto de vender sus joyas. Expulsamos a los moros porque Isabel tiene el gesto de no cambiarse la camisa. El Alcázar no se rinde porque Moscardó tiene el gesto de. Fatigamos a la francesa porque Clara del Rey y Manolita Malasaña tienen el gesto violento y popular.

Cruzamos el Atlántico en avión porque Ruiz de Alda tiene el gesto de jugarse la vida. El Real Madrid es el Real Madrid porque Gento tuvo el gesto de. Nos salvamos de la Reforma porque tuvimos el gesto de la Contrarreforma. La guerra civil se glorifica (también para la derecha) porque García Lorca tuvo el gesto de morir asesinado: la derecha incruenta lee esto como el sacrificio de un inocente. *Sacrificio sacral*. Sagrado es el que se sacrifica. Lorca «no era político». Así es el justo que nos redime a todos en el siglo XX, como Larra es el justo que nos redime en el XIX.

Estamos ante la Historia como

semejante turba «con más veneración que en parte alguna»? Para eso, para enseñarnos como pueblo elegido, tenemos nuestras excepcionalidades, que van de Velázquez a Manolo Santana, del doctor Lafora a Severiano Ballesteros.

De Margarita Xirgu a Bertín Osborne.

Lo que no hace nunca el historiador de derechas es plantearse la infraestructura social, económica, política, cultural que hace posibles esas «iluminaciones en la sombra» que son nuestros genios titulados o autotitulados (como Alejandro Sawa, cuya frase acabo de tomar), y que, por otra parte, hace imposible la igualdad de oportunidades (los demagogos de Franco se atrevieron a llamarlo así) del pueblo español.

La España de los inventores

Todo lo inventa el rayo de la aurora.
Jorge Guillén

ESPAÑA COMO INVENTO

FRANCISCO UMBRAL

las sastrerías del español recortable junto a la levita de Larra, la camisa de Isabel, la túnica de Séneca (que para nada era español), el brazo de Santa Teresa (menos, su prosa, porque hay que leerla), el brazo de Millán Astray, que le faltaba uno, el de Valle-Inclán, que le faltaba otro, el de Cervantes (se va configurando un Siva nacional de cien brazos), el abrigo de Cajal, que hacia histología con el abrigo puesto, la medalla del Nobel de Ochoa, una rueda del submarino Peral (aunque ignoro si los submarinos tienen ruedas) y una hélice del autogiro La Cierva, más el retrato de Franco por Zuloaga (glosa de Azorín) y la edición príncipe de *El jardín de los frailes*, de Azaña.

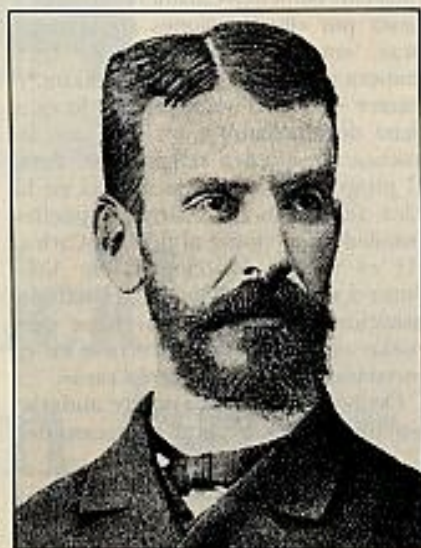
Quiere decirse que el determinismo fatalista por el cual somos, al mismo tiempo, un pueblo único y un pueblo sin remedio, elegido y condenado por Dios, según los casos y los Gabinetes ministeriales, este determinismo, sí, encuentra su corroboración en las excepciones, ya que el pensamiento histórico irracional funciona siempre mediante la excepcionalidad.

Somos un pueblo que avanza a saltos y canta a golpes, como las

gesto, la sociología y la economía como gestualidad, en la pintura, el teatro y el cine de Historia, de «La campana de Huesca» a Cifesa. España, así, sería un adunamiento informe de pueblo incapaz o cainita por sobre el que flotan, exentas de todo contexto histórico, las excepcionalidades unguadas: Fernando el Católico, Menéndez y Pelayo, Calderón, Santa Teresa, Cánovas, Felipe II, Agustina de Aragón, Isaac Peral, Torres Quevedo, Torres Villarroel, Quevedo mismo (parecen todos de la familia), Carlos V, Pepe-Hillo, Zurbarán y la Tirana.

Castilla hace sus hombres y los gasta. Dios elige sus castellanos y también los gasta. Dios siempre elige individuos, claro (el Dios de derechas es individualista), y no multitudes ni asambleas laborales. Para que el derecho tenga un revés, don Marcelino escribe la «Historia de los heterodoxos españoles». Para la derecha, en fin, España es un pueblo oscuro, sucio y sufrido, eso sí, que los analistas aíslan como «horda» y que sólo hace la revolución cuando le envenenan las fuentes. Cuando le intoxican.

¿Pero cómo, entonces, reinan sobre



Isaac Peral.

Frente a esta concepción de España como invento (invento divino que funciona solo o no funciona: será porque Dios no quiere), está la concepción de la izquierda, también un poco determinista: si, para la Historia de derechas, importa más el detalle, la anécdota, el gesto de que Isabel empeñe sus joyas (más que el natural expansionismo económico/ideológico de un Imperio naciente), para la otra Historia está claro que este pueblo de mayorías brutalizadas y minorías incultas, pedantes y fanáticas, cuando da un genio, lo da como resumen y encarnación del proletariado total: Cajal es clase media y Miguel Hernández es pueblo. Hace mucho que la clase media está incluida en la noción de proletariado.

ESPAÑA COMO INVENTO

Para la derecha es válido lo de Nietzsche: «Una generación no es sino el reodeo que da la naturaleza para producir un genio.» Para cierta izquierda también sería válido, con retoques: el genio no es sino la expresión afortunada de todos los contenidos históricos y sociales de una generación.

Expresión afortunada, no sólo de los contenidos vitales, positivos, creadores, sino también de las frustraciones y postergaciones de una generación, de una época, de una clase. Con esto nos encontramos más cerca de la verdad histórica, de la verdad sin más.

Pero cada verdad lleva ya en sí el germen de un maniqueísmo, de un automatismo, lleva larvada su autodestrucción. Para Stendhal, somos «el último pueblo con carácter de Europa». Para Menéndez Pelayo somos «martillo de hercjes». Para el inmanentismo, el «genio de la raza» (Maetzu, Giménez-Caballero) se manifiesta por «iluminaciones en la sombra», entendido esto muy de otra manera que como lo entendía Sawa, y parece que el fenómeno, por lo que tiene de alucinatorio, va bien con la estética de nuestra religiosidad. Para el progresismo, el genio no está en la raza, sino en la clase. Goya es pueblo asimilado que vuelve al pueblo. Carlos III es realeza inficionada de Voltaire, o sea, de revolución. «El sentido histórico del proletariado» tiene que cuidar mucho de no convertirse en el sucedáneo del «genio de la raza».

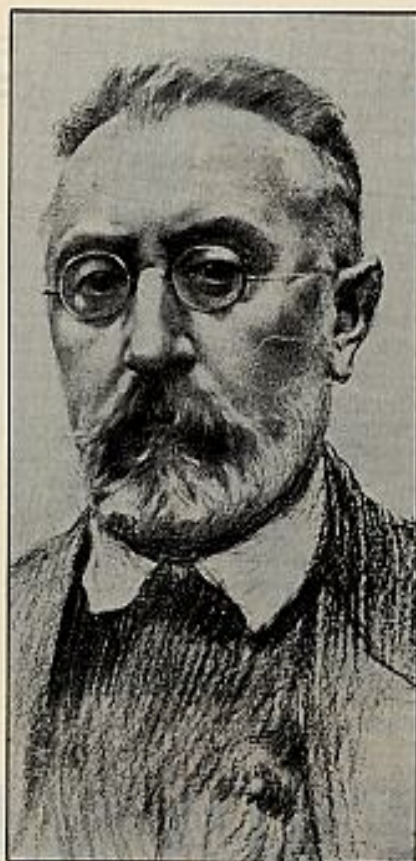
Octavio Paz, cuando quiere andarse por los aleros y explicar el fracaso del

zapatismo en México por otras razones que no sean exclusivamente la inmediatez del coloso yanqui, siempre a punto de *sensurround*, comienza a pisar las landas peligrosas de la ambigüedad y el doble juego de buena fe (que también puede haberlo). España como invento se justifica por sus inventores: artistas, navegantes, místicos, guerreros estadistas, quijotes y bailaoras. España como pueblo se explica casi por los mismos nombres, *leídos* de otra forma: la carga histórica del proletariado se concentra intermitentemente en esos nombres.

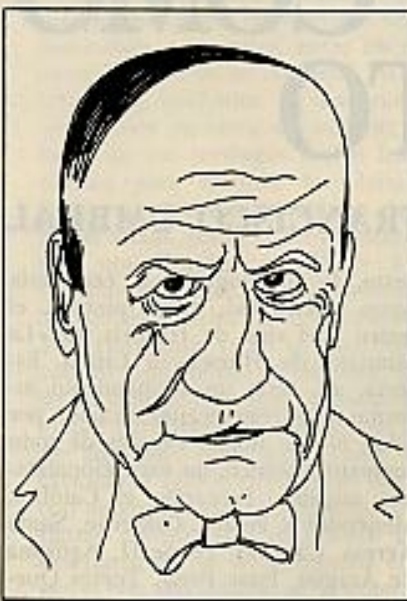
España/invento, España/pueblo

*España, España, ¿por qué nos tienes a
los tus hijos tan fuerte saña?
(Medieval).*

Quizá la realidad sociológica entre la España/invento y la España/pueblo



Miguel de Unamuno.



José Ortega y Gasset.

sea que nuestros genios son de clase media. Siempre lo han sido. Cuando, como continuación a la monografía sobre la chapuza nacional, se plantea esta revista la monografía de los que se han salvado de chapuza, lo primero que se me ocurre pensar es que todos han sido chapuceros geniales, ya que la chapuza es nuestra pedagogía desde «la tarde parda y fría de invierno». Los colegiales estudian. Monotonía/de lluvia tras los cristales». El encabalgamiento machadiano me ha hecho a mí siempre el efecto de que lo que estudian los colegiales es monotonía. La monotonía como

eterna asignatura de España, porque nuestra enseñanza es monótona.

Aquí nadie sale Marañón, Ochoa, Lafora, Rodríguez Delgado, Hernando, Cajal, de la Facultad de Madrid. Nadie sale Feijoo de un seminario ni Tapiés de una Escuela de Bellas Artes, ni Chillida de una Escuela de Artes y Oficios, ni Azaña de los Agustinos del Escorial, ni Unamuno de Salamanca. El español es chapucero en la medida en que es autodidacta. Servet y Ortega, Peral y Azaña, Cajal y Antonio López se hacen a sí mismos. El autodidactismo nacional me llama a mí la atención más que en el caso de pastores poetas y alcaldes de Zalamea, con notabilidades como Miguel Hernández, el cabrero, o Alberto Sánchez, el panadero toledano y escultor primero del siglo, más que en estos casos, digo, me llama la atención el autodidactismo ilustrado, el analfabetismo de quienes han tenido todos los estudios, de las monjas del parvulario hasta Tubinga o Nuremberga (como decían ellos), y, a pesar de eso, han tenido que partir de una suerte de situación analfabeta, que no estaba en ellos, sino en el medio ambiente español, porque España es el sitio donde hay que estar empezando siempre de nuevo, todos los días y, como decía Benavente del teatro, conviene repetir la misma cosa tres veces, en una función, para que el personal se entere.



Antonio Machado.

Lo primero que tiene que hacer en España el inventor, el creador, el pensador, el científico, es explicar lo obvio, y por eso han sido grandes maestros nacionales Unamuno, Ortega y d'Ors, porque tuvieron la malicia nacional de descender al periódico para capturar al lector mediante brillantes obviedades, después de las cuales le obligaban a pensar. Claro que en esta agotadora misión de la obviedad, algunos se fatigaron antes de entrar en materia y han dejado y dejan su obra así: preluada.

Al que entra en materia por arriba, en España, se le llama pedante (se lo llaman todos los días a Tierno Galván, se lo llamaban a Azaña), y al que se mantiene en la peripetia estática y marengo de la obviedad, se le tiene por genio: el citado Benavente, Campoamor, Azorín, Palacio Valdés, Pareda y, luego, todos los realistas, socialrealistas y troskonaturalistas, en el teatro, la novela y el pensamiento (Balmes). La obviedad, por otro nombre sentido común, es la filosofía de un país que no filosofa porque ha sido educado en la secuacidad de la teología y no del pensamiento. Un país clericalizado y pequeñoburgués.

Decía André Bretón:

-Cuando abro un libro y pone «cielo azul», inmediatamente lo arrojo.

Aquí, al poner «cielo azul» ya se le llama *estilo artista*.

De inventores, genios, chapuceros, poetas, cajales y otros vagos y maleantes.

El hombre es la fuente que busca.
Mallarmé

O sea, el hombre lleva dentro de sí la riqueza que busca fuera. Pero hace



Pío Baroja.
Marzo 1982

falta una torre para sacar petróleo, hace falta una estructura. No basta con que haya petróleo. El escultor Berruguete fracasó doblemente -cuádruplemente-, en Madrid y Roma, como escultor y pintor. Vuelto a Valladolid, se inventa un arte único, un barroco aparte, un gigantismo en miniatura, donde los defectos de volumen se suplen con el color y los desmayos del color se abultan con el volumen.

De su doble fracaso hace Berruguete un éxito de siglos. La fuente que buscaba en Madrid y Roma, la llevaba en sí. Viendo durante muchos años los berruguetes vallisoletanos, comprendí yo que allí estaba el más alto y genial ejemplo de chapuza nacional, el «remendar las piernas con los ojos», que dijo Quevedo, el «si sale con barba, San Antón, y si no, la Purísima». Así se han pintado nuestros grandes santones y, por supuesto, nuestras grandes Purísimas.



Ramón María del Valle-Inclán

de Ribera a Murillo y de Salzillo a Dalí.

Todo está en el verso de Machado. Los colegiales estudian monotonía como eterna asignatura de España. Estudian monótonamente.

Ocurre que la enseñanza es una inversión a muy largo plazo, de escaso y nada inmediato rendimiento político, con lo que nuestra política, liberal y conservadora, siempre ha invertido poco en enseñanza, y el Ministerio de Educación es un Ministerio/leprosería.

Esto, por no remontarnos a las tan



Miguel Hernández.

explicadas razones históricas del rechazo religioso/feudal de la ciencia y las matemáticas, más la dialéctica reforma/contrarreforma (que aún hoy nos lleva a aclarar en la Prensa que la infanta Elena, hija del Rey Juan Carlos, nunca podría matrimoniar, por razones religiosas, con el príncipe inglés que ha sido su pareja en reciente cortejo real europeo). Algo más que la verja de Gibraltar nos separa de Europa.

Claro que tampoco cree uno, por otra parte, que las cosas ocurran de muy distinta manera en el resto del mundo. Tampoco se sale de Oxford siendo Bertrand Russell, ni se sale de la Universidad de Frankfurt siendo Walter Benjamin. A partir de un nivel medio mucho más alto -y el nivel medio es lo que aquí nos preocupa-, la individualidad creadora es siempre autodidacta y, en este sentido, «chapucera».

Pero ese nivel medio, en España, es pura y simplemente el analfabetismo ilustrado mediante la Historia como gesto, que decíamos al principio, la retórica como ideología y España como invento (invento de Dios o de no se sabe qué españoles hiperbóreos, anteriores a toda desviación y arrianismo científico).

Servet explicando la circulación de la sangre con su propia vida, Felipe II espiando a Dios por un ventanuco, ya viejo, en El Escorial, para repartir ese Dios entrevistó a ambos mundos, Isabel empeñando las joyas por una intuición de totalidad, Quevedo diciendo una cosa a lo divino y otra a lo profano, Cervantes mendigando un empleo en América, Bécquer, censor de día y romántico de noche, Baroja haciendo la novela y crónica del XIX

ESPAÑA COMO INVENTO

sin quitarse la boina, Valle-Inclán imitando (superando) genialmente a D'Annunzio, Romero de Torres ensayando un parnasianismo gitano, cordobés y de provincias, la gente escribiendo en los cafés, de Cavia a Ruano, la continua «chapuza» periodística del 98, la generación de Ortega y la «escuela romana del Pirineo», autogiros y submarinos, la oftalmología catalana, a despecho de la oftalmología del seguro, el decorativismo delirante de Anglada Camarasa, que ahora se sabe estaba tomado



Eugenio D'Ors.

de la abstracción de Kandinsky (y que es citado con elogio por Paul Klee), las angeologías apócrifas de d'Ors y Cunqueiro, que están supliendo poéticamente, en la derecha, una teología rigurosa. Etcétera.

España es un ecétera de Europa. José Carlos Mainer acaba de publicar *La Edad de Plata*, que comprende todo el regeneracionismo español, del fin de siglo a la guerra civil, de la Institución a los políticos y poetas de la República. Vemos en su admirable libro que la Edad de Plata, como antes la de Oro, está hecha en nuestra cultura por bohemios, parásitos, solitarios, misóginos y gentes que viven del mecenazgo de la política, la Prensa, la Iglesia (cualquier Iglesia) y la burocracia. (A Baroja le divertía mucho contar que Valle-Inclán tenía un empleo). Así, nuestras Edades de Oro o de Plata resultan brillantes y fugaces.

Quisiéramos, sencillamente, una duradera Edad de Luz. ■ F. U.

ESPAÑA COMO PALO ENJABONADO

MANUEL VICENT

El lloriqueo sobre España se ha convertido en un género literario. Desde los tiempos de la Ilustración, en el siglo XVIII hasta nuestros días, cuando a un escritor no se le ocurre nada, coge la esencia de España y le retuerce el pescuezo. Es un tema muy agradecido que enlaza por una parte con los misterios del ser y por otra con el masoquismo de la calle. Así lentamente en 200 años se ha formado una literatura lacrimosa sobre el cadáver de la patria. El duelo no lleva trazas de amainar.

A estas alturas todavía está bien visto preguntarse qué es España. Los ilustrados del siglo XVIII en su intimidad se sentían avergonzados de ser españoles y se disfrazaron de franceses. En el siglo XIX los regeneracionistas importaron de Alemania el moralismo filosófico del krausismo como una capa de terciopelo para cubrirse la miseria nacional. La generación del 98 achacó todos los males del país a la fisiología de la raza. Los señoritos intelectuales de 1914 se vistieron de ingleses. El grupo del 27 se refugió bajo las sayas de Góngora y desde allí soñaba en el Barrio Latino de París. A José Antonio Primo de Rivera le dolía España. A mí ya no. A mí me dolía a los 18 años, cuando aún no sabía que España tiene alma de Hidroeléctrica, que la esencia de la patria viene explicada en el recibo de la luz.

Los escritores españoles tienen un

punto en común. Al escribir sobre España se convierten todos al romanticismo. Lloran, se exaltan, hacen vaticinios, diagnostican, proponen remedios, recomiendan cirujanos de hierro. Ningún país como este tiene tanta gente que lo quiera salvar con sonetos, pistolas, artículos, cañones y discursos. Los norteamericanos, los ingleses, los franceses, los alemanes, los holandeses, los suecos nunca escriben de su patria como una entidad distinta de sus propios habitantes. Para el escritor español es una matrona visible y enferma, a la que hay que curar.

Los eruditos se pelean furiosamente entre sí a la hora de discernir nuestro ser nacional. Un odio casi teológico invade a los historialores en el fregado de judíos, moros y cristianos. Unos dicen que no hay España. Otros piensan que hay dos. Este avispero ha sido avivado ahora con la cuestión de las autonomías, de modo que el sagrado nombre de España está en todas las gargantas. Incluso el idioma castellano no parece estructurado para analizar pequeños problemas privados o asuntos individuales, sino que está fabricado para ensalivar profundas cuestiones de ser o no ser.

Cuando otros países se dedican a hacer microtecnología multinacional sin preocuparse de temas filosóficos acerca de su propio origen, que estudiaron en la primera lección de historia y la coca-cola está en trance de unificar el mundo y los satélites artificiales desde el espacio son capaces de espiarnos el plato de sopa, aquí estamos embarrados todavía en temas de patriotismo, en problemas de supervi-